

ÁNGEL LUIS SUCASAS



EL  
JUEGO  
DE  
ZHARA

La novela en la  
que podrás jugar  
con los videojuegos  
que crean los  
personajes

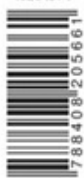
Dos aventuras, un único final

La partida de Judy

 Planeta

PVP 16,90 €

10234874



9 788408 205661

Ángel Luis Sucasas

El juego de Zhara  
Judy

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ángel Luis Sucasas, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Créditos de los juegos

*Diseñador, guionista y director creativo:* © Ángel Luis Sucasas, 2019

*Compositor y diseñador de sonido:* © Celer Gutiérrez Dávila, 2019

*Ilustrador y animador:* © Rubén Calles Lijo, 2019

*Programador y UX:* © Luis Díaz Peralta, 2019

Créditos del cómic

*Guion:* © Ángel Luis Sucasas, 2019

*Ilustración:* © Rubén Calles Lijo, 2019

Primera edición: marzo de 2019

Depósito legal: B. 4.310-2019

ISBN: 978-84-08-20566-1

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## LLAMADA A LAS 3.45 A.M.

—Judy, ¿estás ahí?

Tres palabras. Tres putas palabras. No hacía falta más. En cuanto descolgué el teléfono, medio adormilada, y escuché la voz de Eli, me desperté de repente. Fue un cubo de agua helada de realidad. Al otro lado del auricular había silencio, aunque podía oír una respiración entrecortada que amenazaba con convertirse en sollozos en cualquier momento.

Volví a escuchar:

—Judy, ¿estás ahí?

Tres palabras. Con tres palabras era suficiente. Suficiente para colgar el teléfono con una hostia, suficiente para cambiarte de ropa sin ducharte, suficiente para empacar tus cosas en menos de tres minutos mientras el móvil seguía sonando, suficiente para salir corriendo de tu motel cutre en plena madrugada, subirte a tu moto y acelerar.

Tangerine fue mi escapatoria. Si no hubiera tenido a mi fiel corcel, mi Yamaha, un relámpago rojo cereza con neumáticos, probablemente me hubiera parado, sacado el móvil del bolsillo y pulsado la R de rellamada. Y me hubiera partido en dos escuchando los sollozos de Eli. Sus ruegos, sus disculpas. Su: «Ven a casa, Judy. Ven a casa».

Pero Judy había muerto hacía tres años. Y la chica pálida de dieciocho que recorría Chicago a más de noventa millas

por hora en una moto era una persona diferente. Si Eli se cruzara conmigo por la calle, sé que no reconocería a esta chica. Porque esta chica tenía el pelo cortado como un chico y teñido de un rubio oxigenado, vestía una chupa de cuero rosa chicle con tachuelas en los hombros, se pintaba las uñas de negro, y tenía en la mejilla izquierda el símbolo femenino en un azul brillante. Esta chica hacía videojuegos, de los chungos, de esos en los que se mata a gente con todo tipo de armas. Esta chica te mandaba a la mierda por menos de nada y no tenía problema en liarse a puñetazos en medio de una discoteca.

Y esa, desde luego, no era la chica a la que había llamado Eli a las 3.45 a.m. de un 22 de febrero.

Tomé una curva acelerando y sin importarme que un tío en un jeep pegara un frenazo al límite para no llevarse por delante. No estaba para chorradas. Todos los recuerdos contra los que había luchado durante dos años, manteniéndolos a raya, me estaban cayendo encima en un chaparrón. Creía que acelerando los podría dejar atrás. Pero mi Tangerine, que siempre me llevaba adonde quería, parecía querer acercarme a los rincones más oscuros de mi memoria.

Hice el suicida y cerré los ojos. Grité con todas mis fuerzas.  
Dio exactamente igual.

Lo recordaba todo.

## ARKANSANA

Green Giant. Bush's. Campbell's. Hunts. Esos eran mis enemigos. Y los mataba de un balazo a cada uno, apretando el gatillo del Smith & Wesson como si me fuera la vida en ello. Todos los días, cada amanecer, lloviera o hiciera un sol de muerte, sola, con papá o con los capullos de mis hermanos, me lo pasaba disparando a latas vacías de habas, guisantes o judías dispuestas sobre el cercado sur de nuestra finca.

Crecer en Arkansas no está muy lejos de lo que la gente imagina que es vivir en el campo. Es aburrido, monótono y solitario. Un coñazo. Y a mí me encantaba. La casa de mi familia estaba a unas diez millas de Blue Eye, el pueblo más cercano, con apenas treinta habitantes. Teníamos un sucedáneo diminuto de Walmart, un bar, una bolera y para de contar. Cualquier cotilleo, real o inventado, corría como la pólvora por todo el condado de Carroll. Éramos veintisiete mil almas, lo que quiere decir que, si te cogías un cuadrado de una milla por una milla, como mucho te encontrarías a veinte paisanos en él.

Mi padre no era de allí. Él era de Chicago y conoció a mamá de casualidad. Se preparaba para ser marine en la Academia de Bronzeville. Un gilipollas entendió mal el funcionamiento de una granada y perdió el brazo izquierdo hasta

el codo en unas prácticas. Mi padre corrió con él en brazos a la enfermería cruzando un campo de tiro en el que se estaba disparando munición real. Aunque su instructor gritó el alto el fuego, papá llegó a oír un par de balas del 50 silbando muy cerca de su oreja.

Al llegar a la enfermería, se encontró con mi madre, una enfermera en prácticas que estaba muy buena. Y, como en un mal telefilme, la preñó de Elizabeth y se fue a la guerra, a nuestro segundo tour por Irak. Un año después volvió; sin un pie, pero vivo. Irak le había quitado un pedazo de sí mismo y, a cambio, le había regalado un corazón púrpura al mérito en combate y la insistencia del Ejército para que aceptara un puesto de despacho como premio a su valor. Mi padre los mandó educadamente a la mierda, se tragó el orgullo al pedirle ayuda a su suegro, un sureño que aún guardaba la chaqueta gris de sus ancestros confederados, y adquirió unas tierras lejos del mundo en el hogar de mamá. Arkansas, hogar también de Dorothy, Totó y varios millares de paletos.

Y allí, en solo cinco años, levantó un bonito rancho llamado Mandy's Rest. Mandy porque, aunque mi madre se llama Vera, mi padre siempre bromeó con que le sentaba mucho mejor Mandy. Y así la llamó hasta el último día de su vida.

Cuando pienso en mi familia, pienso en un oasis de la realidad. Cortados del mundo de raíz, ajenos a todo. No unos putos amish, pero desde luego no la clase de tipos que cuadren en cualquier lugar con más de ocho casas a la redonda. Papá no vio nacer a Elizabeth, pero sí a Edward, a John y a Henry, su tocayo, al que se arrepintió de darle su nombre por lo trasto que era. Yo nací la última, tres años después de que nadie me esperara. Eli tenía once y Henry cinco. Pero la pe-

queña Judy no iba a dejar que se le subiera ningún hermano machito a las barbas. La pequeña Judy sería pronto Crazy Jud, como me rebautizaría papá, la más endemoniada de sus cachorros.

Me gané ese nombre muy pronto entre los míos. Creo que la primera vez que mis hermanos comprobaron cuán cabrona podía ser la peque fue el día que me regalaron un vestido nuevo. Si lo viera ahora, moriría de las náuseas. Era una cosa horrible, con un estampado de flores y muchos lazos, que mamá había tejido solo para mí. Pero, claro, para una mocosa, la primera vez que tu madre te da algo que no es un remiendo o un legado de tu hermana mayor, sino una prenda que nadie ha estrenado, te vuelves loca de alegría y orgullo. Y Henry, Eddie y John eran unos cabrones de cuidado.

El drama se cuenta rápido. Un cubo lleno de barro sobre el dintel de una puerta y una inocente Judy que acaba pringada hasta las cejas con su nuevo, y ya inservible, vestido.

Yo no recuerdo apenas nada, pero, como después oí una y mil veces la historieta de boca de toda mi familia, guardo lo que pasó como uno de mis recuerdos más felices. No dije nada. Ni lloré ni grité más allá del chillido de sorpresa cuando se me vació el cubo. Chapoteando, entré en la cocina donde Henry, Eddie y John desayunaban tranquilamente. Cuando me vieron, se partieron de la risa. Yo me quedé muy callada observándolos. Cuando terminaron de reír, empecé a hacerlo yo. Henry siempre me dice que aún escucha mis carcajadas en sus pesadillas.

A la mañana siguiente, el trío de simpáticos despertó como si hubieran llegado los indios por la noche. Sus cabezas eran un batiburrillo de mechones largos y cortos. No hubo otro remedio que pelarlos a todos como un huevo.

Crazy Jud había salido a escena. Y desde entonces, mi trío



de queridos hermanos se cuidó muy mucho de jugármela otra vez.

Cuando pienso en los ritmos de mi vida entonces, cuando todo estaba bien, creo que puedo dividirla en dos momentos muy claros del día. Los que realmente me importaban. Los que me unían a las dos personas que hacían girar mi pequeño mundo: papá y Eli. Da la casualidad de que esos momentos siempre eran al amanecer y al atardecer.

Mi padre y yo éramos los únicos de la casa que adorábamos madrugar. Nos íbamos juntos bien temprano y recorriamos el rancho de punta a punta. Caminábamos entre las espadañas del maizal jugando a perdernos en esa pequeña jungla que nos alimentaba. Pasábamos revista a nuestro modesto zoo de vacas, cerdos, conejos y gallinas. Y luego terminábamos el paseo en la zona de los frutales, donde el gran portalón de madera cercaba el acceso sur a nuestro rancho.

Allí seguíamos un ritual cada día. Primero era el columpio. En el regazo de mi padre o en el columpio de al lado, nos quedábamos allí un rato en silencio, balanceándonos suavemente, cruzando alguna mirada o sonrisa. Luego frenábamos el vaivén y mi padre se sacaba la biblia del bolsillo y me leía con voz grave un par de pasajes. Yo escuchaba en silencio.

Ya sobre la hierba, papá se levantaba la pernera izquierda y me enseñaba su pie postizo. Era una prótesis de alta tecnología que le llegaba hasta la rodilla, un regalo del Ejército de un azul bruñido y metalizado que me tenía fascinada. Durante veinte minutos, limpiaba meticulosamente la prótesis a mi padre hasta dejársela reluciente. Él me miraba con un amor que me hacía sentir la persona más importante del mundo.

Luego llegaba el gran momento, el de matar gigantes verdes. Papá sacaba las latas vacías de la bolsa de basura que cargábamos desde casa y las alineaba sobre el vallado. Dejaba para el final las de Green Giant, porque ese era el gran jefe final, el que solo podía morir si el disparo decapitaba al dibujo sonriente del gigantón verde. Papá se sacaba el Smith & Wesson del bolsillo, abría el tambor y metía seis balas, una menos que las latas que tenía que derribar. Entonces me decía fingiendo una seriedad que no sentía:

—Haz que paguen, Crazy Jud.

Y yo les hacía pagar.

Cuando conseguía llevarme por delante las seis latas, papá sacaba una séptima del bolsillo. La bala azul. Pintaba siete cada domingo: las balas que mataban gigantes. Entonces, con una sonrisa traviesa, volvía a abrir el tambor del revólver, metía la bala y lo hacía girar sobre sí como un tiovivo. Me lo ponía en las manos y me advertía.

—Recuerda que para matar al gigante verde hay que cortar la cabeza. Y no puedes mirarle a los ojos o resucitará.

Era un juego de pulso para un tirador excelente. Un juego que me enseñaría mucho para mi futura carrera, una que por entonces, en mi feliz vida campechana, ni imaginaba. Las reglas son lo que hacen grande a un juego. Las reglas y cómo estas se adaptan y evolucionan según la habilidad del jugador. Yo era la mejor tiradora de mi familia, por eso mi padre se tenía que inventar unas reglas que hicieran el juego divertido para mí.

Y mis reglas para matar al gigante eran estas. No sabía cuántas veces tendría que apretar el gatillo para que saliera la bala, pero mi pulso debía mantener la misma posición sin vacilaciones. Y debía hacerlo con los ojos cerrados. Primero centrar el tiro, luego olvidarme de la vista y visualizar el blanco con el ojo de la mente.

Nadie me cree hasta que se lo demuestro. Pero la mitad de mis balas azules daban en el blanco. El gigante caía decapitado, su cabezón sonriente convertido en un agujero humeante. El sol se alzaba en el horizonte y mi padre y yo volvíamos a casa de la mano, orgullosos de haber acabado con otro monstruo.

Mi otro gran momento del día llegaba al atardecer, en el mismo lugar, en el vallado sur de nuestro rancho. Ya no tenía una pistola entre las manos, sino un pincel y una paleta con los colores ya mezclados. Frente a mí, un óleo casi en blanco. En el margen izquierdo había pintado un limonero, el mismo limonero que tenía frente a mí.

Por supuesto, no lo había pintado yo. Soy pasable como ilustradora, pero ese limonero trazado a lápiz en poco más de diez minutos estaba completamente fuera de mi alcance. Elizabeth, mi hermana mayor, era la artista. Nuestro juego compartido empezaba dos horas antes de que el sol muriera. Lo hacíamos como poco cuatro veces por semana. Si podíamos, todos los días.

Cada una con su caballete partía del mismo punto: aquel limonero dibujado en el margen (derecho para Eli, izquierdo para mí). Luego había que ponerse las pilas. Mientras el sol caía cada vez más deprisa, pintábamos lo que se nos ocurriera que podía haber en ese margen en blanco. Lo único prohibido era copiar lo que teníamos ante nosotras. El vallado sur. Las praderas. El cielo y las montañas unidos en el horizonte.

Esa era la única regla. Luego ya podíamos volar adonde quisiéramos. Yo solía intentarlo con los dragones. Me encantan los dragones. Me gustaría reencarnarme en uno, ser un bicho de treinta metros capaz de partir un camión por la mitad de un coletazo o de quemar a cien capullos con

un solo aliento de llamas. Así que en casi todos mis óleos se podía ver a un gran dragón al lado del limonero. A veces absorbiendo las llamas del sol moribundo. A veces incendiando la luna para transformarla en el sol. En mi favorito sus llamas apuntaban a los limones. En una de sus pequeñas garras tenía un palo que atravesaba varios limones chamuscados.

Eli, por supuesto, volaba mucho más alto que mi pobre dragón limonero. Nunca se repetía. En un cuadro ese limonero era el único organismo en un planeta completamente artificial, con praderas de fibra óptica y árboles de metal. En otro, la cola de un ser imposible mezcla de ballena, loro, jirafa y limonero. El mantra, no repetirse. Exigirse una nueva idea y no esperar sentada a que te la cuenten las musarañas. Había que pensar y ejecutar a la vez. Sin miedo a fallar. Sin miedo a acertar.

Apenas nos daba tiempo a bocetar estas ideas que se nos ocurrían. Eli conseguía a veces terminar un tercio del cuadro en un tiempo récord. Pero lo normal era llevarse a casa una masa de color indescifrable salvo para nosotras. De compartir tantos atardeceres pintando juntas, un vistazo a lo que hacía la otra nos bastaba para saber lo que estaba naciendo allí. Y era entonces cuando cruzábamos una sonrisa, una que era solo nuestra, como la que me dedicaba papá cuando le aceitaba su pie de metal. Algo que cada una nos llevaríamos a la tumba sin compartir con nadie más.

En el fondo, pintar con Eli no era tan distinto a disparar con papá. Había que ir por delante de la bala, por delante del pincel. Visualizar cuál iba a ser el resultado antes de empezar la faena. Y ser rápida, rápida, rápida. En cierta manera, se puede decir que empecé mi carrera como jammer con aquellos amaneceres y atardeceres. Y que Elizabeth y papá fueron mis maestros.

Al menos, hasta que llegó Zhara. Zhara, que me dijo sin

una palabra que todo lo que hacía era una gran mentira. Zhara, que con una caricia podía matar mil y una pesadillas. Zhara, pequeña, envuelta en su chador, absorbida por el monitor de su portátil. Sola allí donde ni yo ni nadie podríamos acompañarla.